

# Los partidos políticos

Un estudio sociológico de  
las tendencias oligárquicas  
de la democracia moderna  
**Robert Michels 2**

UNIVERSIDAD DE CHILE



3560 1005 72864 1

Michels Los partidos políticos Vol. II

324.2  
M623 h  
v.2  
c.1

## Indice

### Tercera Parte. El ejercicio del poder y su influencia psicológica sobre los líderes

- 9 1. Metamorfosis psicológica de los líderes
- 17 2. Ideología bonapartista
- 26 3. Identificación del partido con el líder (*Le Parti c'est moi*)

### Cuarta Parte. Análisis social del liderazgo

- 33 1. Introducción. La lucha de clases y su influencia desintegradora sobre la burguesía
- 45 2. Análisis de los elementos burgueses en el liderazgo socialista
- 62 3. Cambios sociales que son consecuencia de la organización
- 82 4. La necesidad de diferenciación de la clase trabajadora
- 90 5. Líderes laboristas de origen proletario
- 109 6. La necesidad de intelectuales en los partidos de la clase trabajadora

### Quinta Parte. Intentos por restringir la influencia de los líderes

- 125 1. El referéndum
- 130 2. El postulado del renunciamento
- 136 3. El sindicalismo como profilaxis
- 145 4. El anarquismo como profilaxis

### Sexta Parte. Síntesis: Las tendencias oligárquicas de la organización

- 153 1. Las bases conservadoras de la organización
- 164 2. La democracia y la ley de hierro de la oligarquía
- 181 3. La vida partidaria en tiempo de guerra
- 188 4. Consideraciones finales

#### 4. Consideraciones finales

*A prendre le terme dans la rigueur de l'acception il n'a jamais existé de véritable démocratie, et il n'en existe-  
ra jamais. Il est contre l'ordre naturel que le grand nombre  
gouverne, et que le petit soit gouverné.* — J. J. ROUSSEAU,  
*El contrato social.*

El liderazgo es un fenómeno necesario en toda forma de vida social. En consecuencia, no es tarea científica inquirir si este fenómeno es bueno o malo, o más bien bueno que malo. Pero tiene gran valor científico demostrar que todo sistema de liderazgo es incompatible con los postulados más esenciales de la democracia. Hoy sabemos que la ley de la necesidad histórica de la oligarquía se basa fundamentalmente sobre una serie de hechos experimentados. Como todas las otras leyes científicas, las leyes sociológicas provienen de observaciones empíricas. No obstante, para privar a nuestro axioma de su carácter puramente descriptivo, y para conferirle ese status de explicación analítica que puede transformar una fórmula en una ley, no basta contemplar aquellos fenómenos que pueden ser empíricamente establecidos con una perspectiva unitaria; también debemos estudiar las causas determinantes de esos fenómenos: ésa ha sido nuestra tarea. Ahora bien, si dejamos de lado la tendencia de los líderes a organizarse y a consolidar sus intereses, como así también la gratitud de los conducidos hacia sus conductores, y la inmovilidad y pasividad general de las masas, llegamos a la conclusión de que la causa principal de la oligarquía en los partidos democráticos habrá de encontrarse en la indispensabilidad técnica del liderazgo. El proceso que comenzó como consecuencia de la diferenciación de funciones dentro del partido se completa con un complejo de cualidades adquiridas por los líderes al desprenderse de la masa. En un principio los líderes sur-

gen ESPONTÁNEAMENTE; sus funciones son ACCESORIAS Y GRATUITAS. Pronto, sin embargo, se hacen líderes PROFESIONALES, y en esta segunda etapa del desarrollo son ESTABLES e INAMOVIBLES.

Esto significa que la explicación del fenómeno oligárquico que así ocurre es en parte PSICOLÓGICA; la oligarquía proviene de las transformaciones psíquicas que las personalidades directoras del partido experimentan en el curso de sus vidas; pero la oligarquía depende en mayor medida aún de lo que podríamos llamar PSICOLÓGIA PROPIA DE LA ORGANIZACIÓN, es decir, de las necesidades tácticas y técnicas que resultan de la consolidación de todo conglomerado político disciplinado. Reducida a su expresión más concisa, la ley sociológica fundamental de los partidos políticos (el término «político» toma aquí el significado más amplio) es formulable en los siguientes términos: «La organización es la que da origen al dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los delegadores. Quien dice organización, dice oligarquía.»

Toda organización partidaria representa un poder oligárquico fundado sobre una base democrática. En todas partes encontramos electores y elegidos. También encontramos en todas partes que el poder de los líderes elegidos sobre las masas electoras es casi ilimitado. La estructura oligárquica de la construcción ahoga el principio democrático básico. Lo que es aplasta a lo que debe ser. Para las masas esta diferencia esencial entre la realidad y lo ideal sigue siendo un misterio. Los socialistas acarrician a menudo una convicción sincera de que la nueva élite de políticos sea más fiel que la anterior. La noción de la representación de intereses populares, noción a la que se aferra con tanta tenacidad y confianza la gran mayoría de los demócratas, y en especial las masas de la clase trabajadora de los países de habla alemana, es una ilusión nacida de una iluminación falsa: es un espejismo. En una de las páginas más deliciosas de su análisis del moderno quiotismo, Alphonse Daudet nos demuestra como el *brave commandant* Bravida, que nunca se apartó de Tarascón, llega paulatinamente a convenirse, bajo la influencia del ardiente sol meridional, de que estuvo en Shanghai y vivió toda clase de aventuras

heroicas.<sup>1</sup> Del mismo modo, el proletariado moderno, bajo la influencia pertinaz de personas locuaces y convincentes, intelectualmente superiores a la masa, termina por creer que yendo a las urnas y confiando su causa social y económica a un delegado asegurará su participación directa en el poder.

La formación de oligarquías dentro de diversas especies de democracia es consecuencia de una necesidad orgánica, y por eso afecta a todas las organizaciones, ya sean socialistas o aun anarquistas. Hace ya tiempo que Haller advirtió que en toda forma de vida social la propia Naturaleza creaba relaciones de dominio y de dependencia.<sup>2</sup> La supremacía de los líderes en los partidos democráticos y revolucionarios ha de ser tomada en cuenta en toda situación histórica presente o futura, aun cuando pocas mentes excepcionales tengan plena conciencia de su existencia. La masa no gobernará nunca, salvo *in abstracto*. En consecuencia, la cuestión que tenemos que analizar no es si la democracia ideal es factible, sino más bien hasta qué punto y en qué grado es deseable, posible y realizable en algún momento dado. En ese problema, así planteado, reside para nosotros lo fundamental de la política como ciencia. Quien no lo perciba debe ser tan ciego o fanático —al decir de Sombart— como para no comprender que la corriente democrática efectúa progresos innegables todos los días, y también tan carente de experiencia y de sentido crítico como para ser incapaz de aceptar que todo orden y toda civilización deben mostrar rasgos aristocráticos.<sup>3</sup> El gran error del socialismo, error cometido como consecuencia de su falta de conocimientos psicológicos adecuados, lo encontraremos en su combinación de pesimismo respecto del presente, y optimismo rosado y confianza ilimitada respecto del futuro. Una concepción realista de la condición mental de las masas muestra incuestionablemente que aunque admitiéramos la posibilidad de avance moral de la humanidad, los materiales humanos de cuyo uso no pueden prescindir los políticos

1 Alphonse Daudet, *Tartarin de Tarascon*, París: Marpon et Flammarion, 1887, pág. 40.

2 Ludwig von Haller, *Restoration der Staatswissenschaften*, Winterthur, 1816, vol. I, págs. 304 y sigs.

3 Werner Sombart, *Demochi*, ed. cit., pág. 90. Cf. también F. S. Merlino, *Pro e contro il Socialismo*, ed. cit., págs. 262 y sigs.

y los filósofos, en sus planes de reconstrucción social, no justifican, por su naturaleza, un optimismo excesivo. Dentro de los límites temporales en que resulta posible formular previsiones humanas, el optimismo seguirá siendo privilegio exclusivo de pensadores utópicos.

Los partidos socialistas, como los gremios, son formas vivientes de vida social. Como tales reaccionan con máxima energía contra todo intento de analizar su estructura o su naturaleza, como si fuera un método de vivisección. Cuando la ciencia llega a resultados que contrarían su ideología apriorística, se rebelan con todas sus fuerzas. Sin embargo, su defensa es muy débil. Aquellos representantes de esas organizaciones, cuya honestidad científica y buena fe personal les impiden negar abiertamente la existencia de tendencias oligárquicas en toda forma de democracia, se esfuerzan por explicar estas tendencias como consecuencia de una especie de atavismo en la mentalidad de las masas, característica de la juventud del movimiento. Las masas —nos aseguran— aún están infectadas por el virus oligárquico, simplemente por haber vivido la opresión durante largos siglos de esclavitud, y no haber disfrutado nunca de existencia autónoma. El régimen socialista, sin embargo, pronto les devolverá la salud, y les dará la capacidad necesaria para el autogobierno. Nada podría ser más anticientífico que la suposición de que tan pronto como los socialistas hayan logrado conquistar el poder gubernamental, ello bastará para que las masas ejerzan una pequeña fiscalización sobre sus conductores, a fin de lograr que los intereses de éstos coincidan perfectamente con los de los conducidos. Esta idea es comparable con la opinión de Jules Guesde, no menos anticientífica que antimarxista (aunque Guesde se dice marxista), de que mientras la cristiandad ha hecho de Dios un hombre, el socialismo hará del hombre un dios.<sup>4</sup>

La inmadurez objetiva de la masa no es un fenómeno meramente transitorio que desaparecerá con el progreso de la democratización *au lendemain du socialisme*. Por lo contrario, proviene de la misma naturaleza de la masa como tal, pues ésta, aun organizada, sufre de una incompetencia incurable para la solución de los diversos problemas que la aquejan (la masa es, en sí misma, amor-

4 Jules Guesde, *Le problème et la solution*, París: Libr. du Parti Socialiste, pág. 17.

fa y necesita división del trabajo, especialización y orientación). «La especie humana precisa ser gobernada, y lo será. Estoy avergonzado de mi especie», escribió Proudhon desde su prisión en 1850.<sup>5</sup> El hombre como individuo está por naturaleza predestinado a ser guiado, y para serlo en la proporción que las funciones de la vida experimentan divisiones y subdivisiones. En grado mucho mayor necesita guía el grupo social. Sería erróneo extraer de esta cadena de razonamiento y de estas convicciones científicas la conclusión de que debemos renunciar a todo esfuerzo por fijar los límites a los poderes ejercidos sobre el individuo por las oligarquías (el Estado, la clase dominante, el partido, etc.). Sería un error abandonar la empresa desesperada de esforzarse por descubrir un orden social que haga posible la realización completa de la idea de la soberanía popular. En esta obra, tal como el autor lo dijo al comienzo, el propósito no ha sido señalar nuevos rumbos; pero pareció necesario insistir bastante en el aspecto pesimista de la democracia que nos ha sido impuesto por el estudio histórico. Debíamos preguntarnos si la democracia ha de seguir siendo puramente ideal, y dentro de qué límites, sin poseer otro valor que el del criterio moral que hace posible apreciar los grados variables de esa oligarquía inmanente en todo régimen social. En otras palabras, hemos debido preguntarnos si la democracia es un ideal que no podemos tener esperanzas de realizar en la práctica, y en qué medida. Otro propósito de este trabajo ha sido demoler algunas de las ilusiones democráticas verosímiles y superficiales que perturbaban la ciencia y desorientan a las masas. Por último, el autor quiso arrojar luz sobre ciertas tendencias sociológicas que se oponen al reinado de la democracia, y en mayor grado aún al reinado del socialismo.

No es mi intención negar que todo movimiento revolucionario de la clase trabajadora y todo movimiento inspirado sinceramente en un espíritu democrático, puedan tener cierto valor como contribuciones al debilitamiento de las tendencias oligárquicas. El campesino de la fábula dice a sus hijos en el lecho de muerte que hay un tesoro escondido en el campo. Después de la muerte del anciano

5 Charles Gide y Charles Rist, *Histoire des doctrines économiques depuis les phylocrates jusqu'à nos jours*, París: Larose et Tenin, 1909, pág. 709.

los hijos escarban por todos lados para descubrir el tesoro; no lo encuentran, pero su labor infatigable mejora la tierra y les proporciona relativo bienestar. El tesoro de la fábula bien podría simbolizar a la democracia. La democracia es un tesoro que nadie descubrirá jamás por la búsqueda deliberada; pero si continuamos nuestra búsqueda, al trabajar infatigablemente para descubrir lo indescubrible, realizaremos una obra que tendrá fértiles resultados en el sentido democrático. Hemos visto, en realidad, que en el seno del partido de la clase trabajadora democrática florecen las mismas tendencias para cuyo exterminio se constituyó el partido. Gracias a la diversidad y al valor desigual de los elementos partidarios, estas tendencias suelen dar origen a manifestaciones que lindan con la tiranía. Hemos visto que el reemplazo del legalismo tradicional de los poderes reales por la brutal norma plebiscitaria de los *parvenus* bonapartistas no dio a estas tendencias ninguna superioridad moral ni estética. La evolución histórica se burla de todas las medidas profilácticas adoptadas para prevenir la oligarquía. Si hubiera leyes sancionadas para fiscalizar el dominio de los líderes, serían las leyes las que se debilitarían paulatinamente, y no los líderes. A veces, no obstante, los principios democráticos traen consigo, si no una cura, al menos un paliativo para el mal de la oligarquía. Cuando Victor Considérant formuló su socialismo «democrático-pacifista» declaró que el socialismo no significaba el gobierno de la sociedad por las clases inferiores de la población, sino el gobierno y la organización de la sociedad en el interés de todos, por intermedio de un grupo de ciudadanos; y agregó que la importancia numérica de este grupo debía aumentar *paul passu* con el desarrollo social.<sup>6</sup> Esta última observación nos llama la atención hacia un punto de importancia capital. En realidad, es una característica general de la democracia, y por eso también del movimiento laborista, estimular y fortalecer en el individuo las aptitudes intelectuales de crítica y gobierno. Hemos visto cómo la burocratización progresiva de los organismos democráticos tiende a neutralizar los efectos benéficos de esa crítica y esa fiscalización. Lo cierto es, empero, que el movimiento laborista, en virtud de los pos-

6 Victor Considérant, *Principes du Socialisme. Manifeste de la Démocratie au XIX<sup>e</sup> Siècle*, París: Libr. Phalanst., 1847, pág. 53.

tulados teóricos que proclama, puede dar nacimiento (en oposición a la voluntad de los líderes) a un cierto número de espíritus libres que movidos por principios, por el instinto, o por ambas cosas a la vez, deseen revisar la base sobre la cual se afirma la autoridad. Apremiados por sus convicciones o su temperamento estos espíritus libres nunca se cansan de formular un eterno «¿por qué?» acerca de toda institución humana. Esta predisposición hacia el libre examen, en la cual no podemos dejar de reconocer uno de los factores más preciosos de la civilización, aumentará gradualmente en la proporción que experimente un avance el status económico de las masas, se haga más estable, y en la misma proporción en que tengan acceso más efectivo a las conquistas de la civilización. Una educación más amplia supone una mayor capacidad para ejercer la fiscalización. ¿Acaso no vemos cada día que entre las personas de fortuna la autoridad del conductor sobre el conducido, por grande que sea, nunca es tan ilimitada como en el caso de los conductores de los pobres? Inmersos en la masa, los pobres son impotentes y se encuentran desarmados frente a sus líderes. Su inferioridad intelectual y cultural les hace imposible comprender qué es lo que el líder persigue, o apreciar por adelantado la importancia de sus actos. En consecuencia, la gran tarea de educación social es elevar el nivel intelectual de las masas para que puedan, dentro de los límites de lo posible, contrarrestar las tendencias oligárquicas del movimiento de la clase trabajadora.

Ante la incompetencia perpetua de las masas, tenemos que reconocer la existencia de dos principios reguladores:

1. La tendencia *ideológica* de la democracia hacia la crítica y la fiscalización.
2. La tendencia opuesta *efectiva* de la democracia hacia la creación de partidos cada vez más complejos y diferenciados; es decir, cada vez más basados sobre la competencia de los menos.

Para el idealista, el análisis de las formas de democracia contemporánea no puede dejar de ser una fuente de amargas decepciones y profundo desaliento. Quizá los únicos que estén en condiciones de formular un juicio justo acerca de la democracia sean quienes, sin caer en un diletantismo sentimental, reconozcan que todos los ideales científicos y humanos tienen valores relativos. Si

quereamos estimar el valor de la democracia debemos compararla con su antítesis: la aristocracia pura. Los defectos propios de la democracia son evidentes. No es menos cierto que tenemos que elegir la democracia como el mal menor en cuanto a forma de vida social. El gobierno ideal, sería, sin duda, el de una aristocracia de personas moralmente buenas y técnicamente eficientes. ¿Pero dónde hemos de descubrir esa aristocracia? Algunas veces —pero raras— surgirá como fruto de una selección deliberada; pero jamás la encontraremos donde siga rigiendo el principio hereditario. Así la monarquía, en su prístina pureza, ha de ser considerada como la encarnación de lo imperfecto, como el más incurable de los males; desde el punto de vista moral, es inferior aun a la dictadura demagógica más recalitrante, pues el organismo corrupto de ésta al menos contiene un principio saludable en cuya acción podemos seguir basando nuestras esperanzas de recuperación social. Cabe decir, por ello, que cuanto más compruebe la humanidad las ventajas que tiene la democracia, aunque imperfecta, sobre la mejor de las aristocracias, tanto menos probable es que el reconocimiento de los defectos de aquélla provoque un retorno a la aristocracia. Aparte de ciertas diferencias formales, y de las cualidades adquiribles únicamente por una buena educación y herencia (cualidades en las cuales la aristocracia tendrá siempre ventajas sobre la democracia, ya que esta última las descuida o falsifica hasta el punto de la caricatura, en su afán por imitarlas), los defectos de la democracia residirán en su incapacidad para librarse de su escoria aristocrática. En cambio, bastará un examen sereno y franco de los peligros oligárquicos de la democracia para reducir al mínimo esos peligros, aunque nunca puedan ser totalmente eliminados.

Las corrientes democráticas de la historia parecen ondas sucesivas, que rompen sobre la misma playa y se renuevan constantemente. Este espectáculo constante es a un tiempo alentador y depresivo: cuando las democracias han conquistado ciertas etapas de desarrollo experimentan una transformación gradual, adaptándose al espíritu aristocrático, y en muchos casos también a formas aristocráticas contra las cuales lucharon al principio con tanto fervor. Aparecen entonces nuevos acusadores denunciando a los traidores; después de una era de combates gloriosos y de

por ser sin gloria, terminan por fundirse con la vieja clase dominante; tras lo cual soportan, una vez más, el ataque de nuevos adversarios que apelan al nombre de la democracia. Es probable que este juego cruel continúe indefinidamente.